

“Yo bien sé que, según las costumbres de nuestro siglo, sería una ridiculez el persuadir á las mugeres jóvenes, que vistiesen el traje de la antigüedad; pero podrán, sin alguna singularidad, tomar el gusto de la simplicidad de vestido siempre noble, agradable y conforme á las costumbres cristianas. De este modo, conformándose en el exterior con los usos de nuestros tiempos, sabrían á lo menos juzgar con justicia de su ridiculez: ellas se sujetarian á la moda; pero la mirarian como una esclavitud, y solo la seguirian en lo que no pudieran evitar....”

“Sobre todo, es necesario tener un grande horror á la desnudez de pechos, y á todas las demas indecencias del cuerpo. Aun cuando se cometan estas faltas sin alguna intencion ó pasion desordenada, no deja de ser una vanidad culpable y perjudicial, causada de un excesivo deseo de agradar. Esta vanidad, culpable ante Dios y los hombres, es prueba de una conducta escandalosa y contagiosa al prójimo. Este ciego deseo de agradar, de ningun modo conviene á una alma cristiana que debe mirar como una especie de idolatría todo lo que la aleja del amor de su Criador, y del desprecio de las criaturas. ¿Qué se pretende cuando se quiere agradar por estos caminos? ¿No es el escitar las pasiones de los hombres? ¿No pasan demasiado adelante, por poco que se les alumbre? ¿Acaso está en poder de las mugeres el re-

frenarlos, cuando pasan mas allá de lo justo? A quién, pues, se deben imputar los excesos? Prepara la muger con su indecencia un veneno sutil, y lo vierte sobre los que la miran; ¿cómo se podrá juzgar inocente?”

Hasta aquí este sabio moralista; pero concluyamos esta conversacion, que acaso ya fastidiará por lo larga, aunque ha sido demasiado interesante. ¡Ojalá en todas partes se reflexionara con atencion sobre estas verdades! tal vez algunas familias se librarian del deshonor y la miseria.

Finalizó su discurso el coronel, y despues de haber hablado cada uno de los concurrentes un poco sobre lo que quiso, se desbarató la asamblea.

#### CAPITULO X.

*En el que se cuenta la caritativa conferencia que tuvieron estas señoras acerca de sus maridos, y la célebre aventura que por una de ellas sufrió un viejo enamorado.*

Así como no basta que la semilla sea buena para que fructifique si no se siembra en buena tierra, así tampoco aprovechan las mejores máximas morales, si no se reciben en un corazon bien dispuesto. Fácil es concebir que Matilde no solo gustó de la conversacion anterior, sino que se aprovechó de toda ella, como que era naturalmente modesta y enemiga de singularizarse.

No así Eufrosina y sus amigas, que habian estado en un brete durante la plática de aquellos dos buenos señores, el coronel y el cura:

Inmediatamente que se desbarató la concurrencia y se quedaron solas, comenzaron á murmurar á rienda suelta de los piadosos consejeros, sin contenerlas mi presencia: ¡ya se vé! que Eufrosina me tenia por un bobon de mas de marca, y á mas de esto le debía yo el buen concepto de que no era chismoso ni enredador, y en esto á la verdad, no se engañaba.

Con esta confianza decia Eufrosina á sus amigas: ¿Qué les parece, niñas? ¿Cuándo pensaban venir á mi casa á enojarse ni ha convertirse? El Pánfilo del Nariguetas nos ha puesto de vuelta y media con sus burlas, y para rematar el cuento el cura y mi cuñado, nos han echado tres sermones de lo mejor. ¡Vaya, que han quedado ustedes frescas y convidadas para no volver á semejantes visitas! Yo (la verdad) estoy demasiado corrida; pero discúlpenme, amigas, que ya ven que no he tenido parte en esto.

No te apures, niña, decia la chatilla de quien se habló en el capitulo octavo de esta obrita, no te apures: ¿qué culpa tienes tú de que el maldito Nariguetas sea un bufon malcriado, ni de que el cura y tu cuñado sean unos imprudentes, impolíticos, que quieran convertir los estrados en iglesias ó santas

escuelas? Déjalos que hablen mas que un loco, que con no hacerles caso se compone.

Ya se ve que sí, decia Eufrosina, ¿pues qué caso habia yo de hacer de sus sermones? Mi hermano los hecha bien seguido, y con tanto fervor como el que han oido; pero yo me rio de él y de sus sermones, y le digo que ha errádo vocacion de medio á medio; pues para misionero no tiene precio; pero aunque me burlo de su sencillez en persuadirme que alguna vez he de acordarme de sus ideas, no dejo de enfadarme de cuando en cuando con su tenacidad.

Yo no puedo negar que lo quiero, pues á mas de que es un buen hombre, al fin es mi cuñado, y basta que quiera tanto á Matilde: ¡ya se vé! que ella le ha cogido el lado del morir, porque mi hermana es el amén de cuanto dice su marido. Yo no he visto muger mas zonza ni mas condescendente. Si Don Rodrigo dice: *sal*, sale: si dice: *no salgas*, no sale: si quiere que se vista así, se viste: si quiere que de otro modo, tambien: en fin, ella lo obedece con mas puntualidad que una novicia á su prelada: y lo mas célebre es que se conoce que lo hace contenta y no por fuerza. Ya ustedes la conocieron de doncella, y se acuerdan de que era muy alegre, y tan curra como la que mas; y ahora ya la ven hecha una vieja sesentona que apenas sale de casa, y eso vestida como quie-

ra. Toda su diversion es su almohadilla y su clave, y todo su encanto, su hija y su viejo. Yo no sé cómo Matilde dió tan repentina vuelta.

No te admires, niña, decia Adelaida: si los viejos son el mismo diantre: cera y papilo vuelven á una pobre muger como la conozcan buena desde el principio. En este caso los muy pícaros se vuelven unos santos delante de sus mugeres, y á fuerza de sermones y de meterlas en escrúpulos, haciéndoles de todo cargo de conciencia, se salen con cuanto quieren; y así las tienen indecentes, encerradas y hechas unas criadas de honor. No tienen ellos la culpa, sino las bobas que los creen y los obedecen como las niñas á las maestras. ¿No advertiste que cuando predicaba tu cuñado, ni pestañaba Matilde? Pues para que veas que bien enseñadita la tiene.

Si, decia Eufrosina, si es mi hermana una pobre tontita, cuanto dice su marido lo cree como si lo dijera un santo Padre; no en balde él la quiere tanto y está tan contento con ella: como que no tiene muger, sino una hija que lo obedece al pensamiento. Yo en parte me alegro, porque no la he visto reñir ni una vez. Deseos tengo de verlos enfadados si quiera un dia, y ya ven ustedes que esto es un milagro, porque casi todas las mugeres andamos á mártame y te mataré con nuestros maridos por cualquiera pamplina.

Si lo es en efecto, decia Rosaura: yo tango un marido que no lo merezco, porque me quiere en extremo; pero por no dejar de mortificarme, tiene un grandísimo defecto, y es ser mas zeloso que Júdas. ¡Ay niñas! ya no tengo vida con él: de su somora se espanta. Siempre he de salir pegada con él hecha llavero: solo acá me deja venir medio sola. Puedes creer, Eufrosinita, que tienes la túnica de Cristo, como dicen, y eso ya ves que no se despegas de mí Crisantita, que es mas chismosa el diantre de la muchacha que Barrabás: cuanto pasa y no pasa le cuenta á su papá; con esto, él le tiene mandado que no se separe de mí para nada, y no soy dueña de resollar, porque ya sabes que los muchachos son angelitos de Dios y testigos del diablo.

¡Ay niña! pues tienes una pension terrible, decia Eufrosina; pero yo pienso que algo ponderas. No creo que D. Fernando sea tan zeloso como dices. ¿No lo crees? contestaba Rosaura, pues aun no he dicho nada. Si entra un perro en casa, dice que aquel animal tiene dueño, y que alguna vez habrá ido acompañado con él á visitarme: si me asomo al balcon y veo por una parte y por otra, dice que si por allí ha de venir el señor: si estoy triste, piensa que es por otro: si estoy alegre, lo mismo; en fin, yo no puedo hacer nada que no lo enzele: de todo teme, todo

lo asusta y de todo desconfía, y con esto me da una vida de los perros.

Si lo creo, decía Adelaida; pero ¿en dónde dejaremos las mugeres de ser infelices? Mi marido peca por el extremo opuesto: él me permite cuanta libertad quiero, y no se mete conmigo para nada; pero no es porque me estima, sino porque ya se ha enfadado de mí y no me hace caso: y eso ¿por qué? Porque de pocos días á esta parte está embelesado con la maldita tuerta de todos mis pecados; pero me la ha de pagar. Sí, jurada se la tengo; no me la ha de ir á penar por vida de Adelaida.—¿Pero qué tuerta es esa que yo no la conozco? decía Eufrosina.—¡A Dios, no la conozco! como á tus manos la conoces. ¿No te acuerdas de aquella que vive por Santo Domingo?—¿Cuál, la Hipólita?—La misma.—Pues niña esa no es tuerta. Es un poco turnita; pero le agracia porque tiene los ojos dormidos, y es una muchacha muy bonita.—Para mí es mas fea que el mismo diablo, decía Adelaida; será porque no la puedo ver.—¿Pero qué motivo tienes para pensar que tu marido la trata? decía Eufrosina, porque D. Félix es muy hombre de bien, y la Hipólita es una muchacha de mucho juicio: yo sé que frecuenta los sacramentos, y días pasados estaba pretendiendo en las Brígidas.

¿Ya ves todo eso? pues yo sé mi cuento, decía Adelaida: esa es de las que las cogen á tientas y las ma-

tan callando. Con toda su hipocresía no le parece mal Félix.—¿Pero qué le has visto?—Nada: pero ¿qué mas he ver sino que el otro día en el paseo se rompió su coche, y Félix la hizo entrar en el nuestro con su madre, y desde entonces dió en visitarme? ¿ya se vé que no por mí, sino por el caballero! á mí no me acomodó nada semejante visita, y así traté de desterrarla de casa, y lo conseguí muy breve, poniéndole mal modo y no visitándola. ¡Santo remedio! con esto se ha desterrado; pero ¿qué importa si él va á su casa, segun me han dicho?

¿Conque tú no lo sabes, decía Eufrosina, ni los has visto juntos?—No, niña, Dios me libre de ver tal cosa, á pesar de que he hecho ya mis buenas diligencias para cogerlos, y nada he podido conseguir.

Pues niña, decía Rosaura, yo pienso que tú pasas mala vida por zelosa, y yo porque me zelan sin motivo. Yo sufro á mi marido, y tengo que sentir con su genio zeloso y endiantrado; pero tú á tí misma no te aguantas tus zelos, y no tienes razon para quitarte la vida: porque esa niña que dices la conoces bien, y sabes que es medio parienta de tu esposo, y así el haberle ofrecido tu coche estuvo muy en el órden. No podia haberse escusado, el lance no era para menos, la política y el parentesco lo estrecharon, y así, á la verdad, tú no tienes razon de haberte formado tan mal concepto de esa pobre niña: y so-

bre todo, déjate de ser zelosa, porque te quitarás la vida eu cuatro dias.

Muy bien aconsejado, decia Camila: sin eso quién sabe como uno la pasa con su marido, porque los hombres son el diablo. El que no peca por un lado, peca por otro, y nunca tiene una un gusto completo. A mí no me vale no meterme con mi marido para nada: yo lo dejo caiga ó levante, y jamas le digo una palabra. Es verdad que yo, (con bien lo diga) nada le he visto, y él hasta ahora me trata muy bien; pero en esto de modas me tiene á pan y naranja: en pocas me deja entrar; y eso tal han de ser ellas, Siempre me predica la santa economía, y apenas le hablo sobre esta ó la otra cosita que se usa y yo quiero, cuando me sale con que está pobre, que no le alcanza el sueldo, que tenemos hijos, que aquellos gastos son superfluos, que mañana nos hará falta, y todas aquellas disculpas que saben ellos dar cuando no quieren aflojar la plata.

¡Bien hayas tú que has dado en el punto de la dificultad, decia la chata! la mezquindad y la miseria de muchos maridos, es la que los hace tan considerados y virtuosos, y los convierte en predicadores y misioneros contra las modas, como el cuñado de Eufrosina, á quien acabamos de oír predicar con tanto fervor.

A mí no me hace fuerza que predique contra el lu-

jo mi cuñado, decia Eufrosina: él es algo mezquinito, y no tiene mayores proporciones. Lo que sí me incomoda demasiado, es que todo viejo, gaste ó no gaste, convenga ó no convenga, ha de declamar contra todos los usos nuevos, sin advertir que lo que se usa ne se escusa.

¡Ay, hiña! ¿No sabes en que está eso? decia la chata. Pues no está en otra cosa sino en que como ya pasó su tiempo, todo lo del nuestro les enfada. Menosprecian el mundo, no porque no les gusta, sino porque ya el mundo los abandonó á ellos.

No verás viejo que no haga del sauturron, que no predique desengaños y reniegue de las modas y las modistas; pero, ya digo, esto es porque no pueden mas. Saben que no hay muchacha que los apetezca, y mas si son pelados, y así se desquitan hablando mal de lo mismo que quisieran. ¡Arredro vayan los vejancones hipócritas, que ya bien los conozco! Se parecen á la zorra, que no pudiendo alcanzar las uvas de un parral por diligencias que hizo, fingió una santa conformidad, y se marchó diciendo: *¡Al ca-vo están verdes!*

¡Qué mala eres, chata de mis pecados, qué mala eres! decia Eufrosina: mira qué juicio tan temerario has formado de los pobres viejos. Pero despues de todo, es necesario confesar que dices bien, porque yo he conocido unos viejecitos verdes y arriscados

como los mozos, que delante de la gente los he oido predicar contra las modas y abominar de las muchachas compuestas; y á solas los he visto mas enamorados que Cupido. Yo pudiera nombrar uno que otro que á mí misma me han echado mis polvillos de cuando en cuando con bastante empeño, y si los oyeras platicar de la virtud y contra las modas y las mugeres, dirias que era la mera verdad; porque hacen unos consejeros, que hasta ellos mismos lo creen.

Si sí lo creo, decia la chatilla, á mí me ha pasado lo mismo, y no de ahora, sino desde doncella. Tú conociste á mi madre (Dios la haya perdonado), y ya te acuerdas que era una señora verdaderamente virtuosa..... ¡Ojalá fuera yo como ella! Pues niña iba á mi casa un maldito viejo de mis pecados á quien mi madre queria mucho, y lo tenia por un santo, porque todas sus pláticas eran del infierno, de la eternidad, de la gracia y de la virtud. Desde que entraba á visita hasta que salia, todo se le iba en contar-nos la vida de S. Alejo. Tenia la cabeza llena de oraciones, jaculatorias, ejemplos y milagros, y todo lo vaciaba á presencia de mi madre, y la buena señora estaba encantada con su D. Ciriaco, que así se llamaba el caballero.

¡Hablar delante de él de modas? ni por pienso, Todas, decia, que eran invenciones del diablo. No se podia decir en casa, cuando estaba él allí, que

nos habian ido á convidar para un baile, aunque fuera la casa mas honrada, porque al instante le ponía á mi madre tanta cabeza, diciéndole que esas eran unas ocasiones muy próximas para que las niñas doncellas perdiesen el recato y el pudor: que en los mejores bailes no faltaban jóvenes libertinos que inquietasen á las niñas: que rara bailadora se lograba: que la demasiada frecuencia á tales diversiones era causa de la deshonor de las casas, y de que se hablase mal de las niñas; que allí aprendian en una noche lo que habian ignorado en su casa toda la vida: que las madres de familia que llevaban á sus hijas á los bailes, sabiendo lo que son y lo que sucede en ellos, no podian estar escusadas de pecado mortal, siquiera porque las esponian al peligro, y que el que ama el peligro, en él perece: y así, que si no queria arder para siempre en los infiernos, que tomara su consejo y no me llevara.

Mi madre, que habia menester poco, porque era una santa, si me llevaba alguna vez á un baile, era solo á ver bailar y sin despegarse de mí para nada, y eso porque no la tuvieran por desatenta; pero si antes oia al viejo condenado, resolvía no llavarme, y se disculpaba lo mejor que podia. Con esto me quedaba echando zapos y culebras contra el entremetido consejero, y muchas veces estuve por decirle á mi madre lo que pasaba, y si no lo hice, fué porque

temí que no me creyera, y me echara un buen regaño.

¡Pues qué te sucedió, niña? decía Camila; porque ciertamente que mirándolo despacio, el señor D. Ciriaco decía el Credo, y no podía menos sino ser un hombre muy cristiano y muy arreglado.

No era sino un pícaro muy hipócrita, decía la chata: como mi madre estaba alucinada, y no solo lo tenía por hombre de bien, sino por un hombre ejemplar, le permitía la entrada franca en mi casa, y muchas veces me dejaba sola con él en el estrado, cuando tenía que hacer en otra pieza; y entonces se descosía el perro viejo á su salvo.

Primero me empezó á enamorar con las majaderías del tiempo antiguo, dándome muchas perlas, diamantes y rubies.... ¡Hola! dijo Eufrosina: esas no son majaderías, sino un bello modo de enamorar. Si yo hubiera tenido un pretendiente tan rico, sin duda no me caso con Langaruto; porque, mi alma, dádivas quebrantan peñas. Tú fuiste una tonta en no haberlo admitido mas que fuera mas viejo que la sarna.

No, no fui tonta en eso, sino muy hábil, respondió la chata tendiéndose de risa: pues qué ¿piensas que las perlas y los diamantes que me daba, eran engastados en oro ó plata en algunas alhajitas? No, hermana, me las daba envueltas en papel.... Entiéndelo de una vez; me las daba en verso, y no

solo eso, sino soles y estrellas á millares. Ya verás y qué rica estaria yo con semejantes preseas; pero en fin, este fué su primer ensayo.

Yo lo desprecié como era justo; y viendo él que no me alucinaba con tonterías, apeló á los cariños y ternezas. Si tú lo vieras suspirar y llorar en mi presencia, hincarse delante de mí y querer besarme los piés como si fuera santa, levantarse de repente desesperado, jurar, votar, renegar, y darse de bofetadas hubieras echado las tripas de risa, porque no hay rato mas divertido que ver á un viejo verde enamorado y despreciado delante de la muchacha que lo burla. ¡Vaya, si estos viejos supieran el ridiculísimo papel que hacen en semejantes lances, y la mofa que hacemos de ellos, sin duda que no se meterian á enamorar!

Yo le decía á este abuelo mil claridades; pero él las escuchaba como si fueran requiebros. ¡Es gana! le dije muchas veces: usted se cansa, y pierde el tiempo. No quiero á usted, no lo quiero. Yo soy muchacha, y si me caso, ó quiero á alguno, será algun muchacho como yo; no á un tata señor que me espante con sus tos. Ya usted es muy viejo y muy baboso, ya tiene un pié aquí y otro en la sepultura: piense usted en rezar, y en encomendarse á Dios, pues está usted mas para la otra vida que para esta. ¡Váyase usted noramala! ya se lo he dicho.

Todas estas boberías y mas, le decia yo cada rato; pero no me valia: yo no he visto viejo mas sinvergüenza. El, viendo que no podia conquistar mi corazón con sus versos y faramallas, se valió de otro arbitrio para seducirme; pero ¡qué arbitrio, niña! el mas soez, desvergonzado é inicuo que se pudiera imaginar. Ya soy muger casada, y todavia me avergüenzo de acordarme. ¡Qué bien dicen, que los viejos libertinos y relajados son mas indignos que los mozos!

¿Pues cual fué ese arbitrio, niña, preguntó Eufrosina, que yo creo que seria terrible, pues te pones colorada al acordarte? ¡Con razon, contestó la chata, si era de los mas atrevidos! Pues vean ustedes que no pudiendo conseguir nada de mí, como he dicho, trató de provocarme contándome los cuentos mas obscenos que se pueden imaginar, leyéndome unos versos dictados por el mismo Asmodeo, y propasándose á hacer en mi presencia algunas acciones tan feas, que yo no quiero ni acordarme.

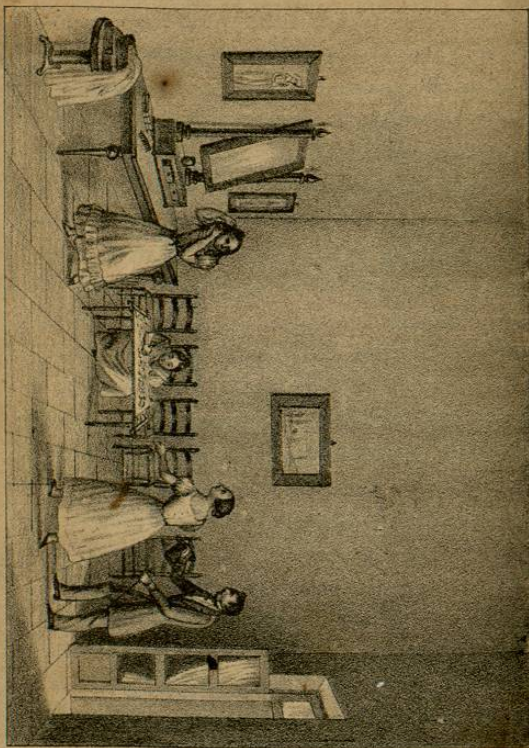
¡Ay niña! dijo Rosaura, esa era una grandísima picardía. Yo creo que eso lo hacia cuando estabas sola con él; pero ¿por qué ne lo dejabas con la palabra en la boca, y te ibas adonde estaba tu madre?—Porque mi madre me hubiera regañado, diciéndome que no fuera malcriada, ni dejara sola la visita.—¿Pero por qué no le decias lo que pasaba?—Porque



no lo hubiera creído.—¿Y por qué no le decías que te espíara, y escuchara al viejo cuando te quedabas sola con él?—Porque el viejo era muy malicioso, y solo me hablaba de esto cuando estaba bien seguro de que mi madre estaba en parte desde donde no lo podía escuchar.—Pero yo, en ese caso, hubiera procurado tener alguna compañía á mi lado.—Cuando podía, lo hacía así; pero no siempre había esa proporcion, porque mi familia era muy corta. No se cansen, niñas: el viejo era muy malicioso, y mi madre muy cándida. Ahora conozco que es verdad que no conviene que las madres sean tan buenas, esto es, tan sencillas y confiadas, porque cualquiera las engaña.

Bien que, por otra parte, yo no culpo á la pobrecita de mi madre: porque ¿quién no se hubiera engañado con la hipocresía de ese santurrón maldito? La inocente señora (que en paz descanse y mis palabras no le ofendan) solía decirme algunas veces: Hija, ¡qué bueno es el señor D. Ciriado! toma sus consejos, mira que de estos hombres ya no hay muchos. Cuando yo lo veo sentado platicando contigo, me parece que estoy oyendo á tu difunto padre y suelo decir entre mí: ahora en mi casa está *la virtud en el estrado*. Así se explicaba mi madre.

Consideren ustedes cómo no estaría aturdida, ni cómo yo era capaz de haberla persuadido á que a que!



viejo era mi constante y lascivo seductor, cuando muchas veces estaba él diciéndome cosas que por no oirlas hasta me tapaba las orejas! entraba mi madre á este tiempo, y el perro viejo al instante bajaba los ojos, mudaba de tono y enredaba la conversacion con ella de este modo: ¿No es verdad, señora, que le digo bien á esta niña, que no hay cosa como el pudor y la honestidad en las doncellas, porque así se hacen amables de todo el mundo, y particularmente de Dios, que es á quien debemos agradar sobre todas las cosas? Pues, porque en todas partes está, y ve hasta nuestros mas escondidos pensamientos.

Otras veces decia: Le digo á esta niña que sea muy recatada con los hombres, y muy devota de S. Luis Gonzaga, para que el santo le alcance la castidad, que es una virtud angelical. Yo le traeré una semanita del santo para que la rece y se le encomiende muy de veras. ¡Ojalá yo viera á mi Vicentita (á mí) de monja! Pero Dios hará lo que le convenga.

Así engañaba este malvado á mi madre; y en fuerza de este engaño, ¿qué efecto habia de haber hecho en su corazon ningun aviso mio? El que hizo al fin, y fué el caso, que un dia de los que él sabia aprovechar sacó un papel y me empezó á leer unos versos endemoniados de puercos. No me pude contener, y le dije: ¡Viejo maldito, hipocriton, deshonesto! ó se calla usted la boca, ó le voy á avisar á mi mamá

de todo lo que me pasa con usted. Esta amenaza que debia haberlo enfrenado, lo desesperó, ó quién sabe que le sucedió, pues levantándose de su asiento, se acercó á mí; y cogiéndome la cara, me iba á dar un beso; pero no fué él tan pronto en intentar su llaneza, como yo en plantarle una buena bofetada.

¡Qué bien hiciste! dijo Eufrosina. Cuando una muger no da margen á que le pierdan el respeto, y tiene guardadas las espaldas contra una villanía, en la mano tiene el freno para contener á semejantes brutos desbocados! ¿Y en qué paró este lance?

¡En qué habia de parar! en tragedia. El viejo condenado se volvió un veneno con mi cariño, y enfurecido comenzó á levantar la voz y á maltratarme llamándome mocosa, atrevida, insolente y ¡qué se yo! al tiempo que mi mamá entró á la sala y lo halló temblando y con el papel en la mano. ¿Qué es eso, D. Ciriaco? le dijo, ¿qué ha sucedido? ¡Qué ha de suceder, señora, dijo el viejo, qué ha de suceder sino lo que le tengo á usted dicho muchas veces! No se lo he dicho á usted, no se lo he dicho, que á las muchachas de estos tiempos es menester tenerlas en un puño, porque son la deshonra de las madres? Pues eso es lo que ha sucedido. Mire usted qué papel tan escandaloso le he hallado á su niña en la almohadilla. Si teniendo usted tanto cuidado con ella, admite esos papeles, que no los admitiera la ramera mas

pública de México, ¿que fuera si usted se descuidara con ella? Siento el decirlo; pero ya me parece que á la hora de esta su niña de usted perdió todo lo que tenia que perder. En fin, lea usted el papel y haga lo que quiera, que es su madre, y quien ha de dar cuenta á Dios de ella. Diciendo esto, dió el papel á mi madre, y se marchó para la calle.

Mi mamá tomó el papel, y mientras se puso los anteojos para leerlo, pensaba yo en huir ó disculparme; pero á nada me resolví, y me quedé como una estatua, temblando mas de cólera que de susto.

Apenas leyó el primer verso, cuando escandalizada y llena de enojo, rompió el papel, me afianzó de los cabellos, me tiró al suelo, y me dió tal tarea de golpes y patadas, que si las criadas no me defendían, me mata allí mismo sin remedio.

Ya yo libre de sus manos, me disculpé como era natural, y le conté cuanto me habia pasado con el viejo. Esto, lejos de serenarla, la irritó de tal modo, que si hubiera estado sola, me vuelve á dar otra tanda de bofetadas. ¿Eso mas? me decia; ¿eso mas, grandísima puerca? ¿tambien eres habladora y deslenguada? ¿no te basta ser una cuzca disoluta, sino que quieres echar la culpa de tus liviandades y picardías á un hombre tan virtuoso y tan honrado? ¿qué dieras, grandísima perra, por parecerte á la suela de un zapato viejo del señor D. Ciriaco? Pero an-

da, hija vil y deshonestá, que no me has de volver á poner á otra vergüenza. Has de acabar tus dias en San Lucas (1) ó en la Casa de Pobres.

Consideren ustedes cómo me quedaria yo en este lance, viéndome golpeada y aborrecida de mi madre y al mismo tiempo con mi honor en opiniones entre las criadas, pues mi madre en lo mas vivo de su cólera se produjo indiscretamente con peores espresiones que las que he dicho.

Yo temia que cumpliera su palabra, porque era muy resuelta, y que de la noche á la mañana me pusiera en unas recogidas; pero yo no sentia tanto tan injusto castigo, cuanto que se quedara riendo el maldito viejo.

¿Y se quedó? preguntó Camila. ¿Quando se habia de quedar! dijo la chata. Yo me vengué de un modo muy bonito, y fué este. Andaba en solicitud mia el que ahora es mi marido, á quien yo, la verdad, no queria mucho; pero ¡lo que es el deseo de una venganza! No tenia otro hombre de quien valerme para conseguirla, y así me decidí á casarme con él, con tal de que me vengara pronto.

Apenas mi madre se descuidó tantito conmigo, cuando le mandé razon de cuanto habia pasado, asegurándole ser suya si tomaba una satisfaccion por

(1) Casa de correccion de mugeres.

mí, y se daba traza de que mi honor quedase en su lugar; pero que todo había de ser muy breve.

No se lo dijo la criada á ningun sordo, porque en la misma noche quedó hecha toda la diligencia á mi satisfaccion. Mi novio solicitó un amigo de su confianza, y entre los dos sorprendieron al viejo en la calle de los Mesones, lo metieron en un coche que para el efecto previnieron, y se lo llevaron al Egipto. En aquel campo desierto lo sacaron, lo amarraron á una de las ruedas del mismo coche, le quitaron los calzones, y con la cuarta del cochero le dieron una vuelta tan desaforada, que por poco lo matan. A lo menos mas de veinte dias estuvo en cama.

No paró en esto. Luego que se acabó el cruel *misere*, lo subieron al coche, encendieron un cerillo, sacó mi novio un pedazo de papel y un tintero, y poniéndole una pistola á los pechos, le juró matarlo allí mismo si no ponía una carta á mi madre restituyéndome mi crédito, contando el pasage como fué, y pidiendo perdon de la calumnia que me había levantado.

El triste viejo que se vió entre aquellos sayones, que tales le parecieron, sin el menor recurso y bien azotado; creyó de buena fé que cumplirían su palabra si no obedecía en el instante, y así, quiso que no quiso, puso el papel como se lo dictaron, y lo firmó como era regular.

Hecha esta diligencia, le intimaron que cuidado como volvía ni á pasar por mi calle, porque lo habían de hacer tasajos. El infeliz viejo juró y rejuró que ni se volvería á acordar de mí. Con esto lo llevaron hasta cerca de su casa, adonde el pobre llegaría casi arrastrándose. Ya yo no volví á saber de él.

Pues niña, ¿qué no volví á tu casa cuando sanó? dijo Eufrosina, porque era regular que él se quisiera vengar de tu venganza. Pues ya no le quedaron esas ganas, decia la chata. Lo cierto es que al otro dia cuando mi madre me dijo que me vistiera para llevarme ante el corregidor, ya tenia yo la carta en mi mano, y con esta satisfaccion le dije: Mamá, voy á vestirme, pero no para ir á ver á ese señor, sino para que nos vayamos á misa como siempre. Irá usted á donde yo la llevare, me dijo mi madre muy enojada. Pero yo le dije muy humilde: Si señora; mas antes será bueno que lea usted esa carta que le envia el Sr. D. Ciriaco, á quien no sé cómo pagarle los favores que le debo.

Mi madre me echó una mirada muy seria: tomó el papel y se puso los anteojos. Hemos de estar en que su merced conocia muy bien la letra y firma del viejo, como que había sido su apoderado en cierto negocio; mas con todo eso le cogió tan de sorpresa este papel, que lo leyó mas de cuatro veces, no que-

riendo creer á sus ojos. Sacó otras firmas de él, las confrontó, y asegurándose en que la última era de la misma mano, no pudo menos que llenarse de gusto y de ternura al ver que yo no era como habia dicho D. Ciriaco; y echándome sus brazos, comenzó á pedirme perdon, y las dos á llorar á un mismo tiempo.

Así que nos serenamos, me preguntó ¿cómo habia llegado aquel papel á mi poder? y entonces yo le referí sencillamente lo que habia pasado, quién lo habia hecho, por qué interes, y la palabra que yo tenia empeñada, y que cumpliría con su licencia.

Mi madre me prometió que como el sugeto fuera igual á mí no habria embarazo: ya porque con aquella accion habia manifestado que me amaba; y ya porque ella no queria verme espuesta á semejantes lances; pero mientras (me decia su merced) tendré yo muy buen cuidado de no dejarte sola ni con un anacoreta del desierto, que al fin será hombre, y no hay que fiar de nadie en esta materia mientras vivamos en el mundo. ¿Quién habia de pensar que D. Ciriaco era un hipócrita? ¡Ah! que bien dicen, que entre santa y santo pared de cal y canto. En fin, mi madre quedó satisfecha, yo contenta, y mi novio mas porque ya me comenzó á visitar, confrontó con mi madre, se trató de nuestro casamiento, y se verificó muy pronto y muy á gusto.

Bastante es el que nos has dado con la graciosa aventura de tu viejo, dijo Eufrosina, y me acuerdo que la contaste para hacernos ver que cuando declaman contra las modas, contra los bailes y contra las mugeres compuestas, no es por virtud, sino de corage de que ellos ya no pueden gozar de estas cosas. ¡Ya se vé, que tú no dirás esto tan en general!

No, ni lo permita Dios, decia la chata: ¿cómo habia yo de ser tan temeraria! Uno es uno, y otro es otro. Una cosa es la chanza, y otra son las veras. ¿Cómo hemos de dejar de conocer y confesar que hay muchos viejos muy honrados, y verdaderamente virtuosos, (así como hay jóvenes lo mismo) que hablan contra los vicios ó por obligacion, como los padres de familia y los predicadores, ó por caridad y en clase de consejo como ahora el señor cura y tu cuñado? De todo hay, y yo solo hablo de los viejos verdes, hipócritas y mezquinos que quieren hacer de la necesidad virtud, pues con los buenos no me meto ni que ero oírlos, porque no me acomoda que me asusten. Yo conozco que dicen bien; pero soy muchacha, y me gustan la moda, los bailes, el coliseo, los toros, la Orilla, la Alameda, y todo cuanto hay, y tengo dinero y no me he de enterrar en vida, sino que he de pasear, y me he de divertir bien y á mi gusto, que para eso me casé, y no me quiso meter á capuchina.

Bien hayas tú, niña, decía Eufrosina; bien hayas tú que eres de mi modo de pensar. Nos divertiremos ahora que somos muchachas y tenemos con qué, mañana seremos viejas y tal vez pobres, y no habrá ni quien nos de la mano si nos caemos. Así se lo suelo decir á mi cuñado; pero no es menester mas para que comience á predicar.

Luego me dice: Sí, todo se puede hacer, pero con órden, sin escándalo, sin profanidad, sin desperdicio: porque ese dinero que se gasta tan superfluamente en modas y bureos, al fin hace falta á la familia. Llegará tiempo en que muchos hijos desearán para carnero lo que sus padres han tirado en toros.... De que mi hermano se suelta por este tono, no hay quien lo pueda sufrir, y yo lo que hago es dejarlo y no hacerle caso.

Y eso es lo que debemos hacer, decía la chata, porque los hombres son fatales y amigos siempre de llevar la suya adelante, y así lo mejor es no hacerles caso.

Mi marido es un Juan Lanás que no me mortifica demasiado; sin embargo, por no dejar de tener alguna falta, ha dado en que sus hijos han de ser muy bien criados, y sobre esto cada rato hay en casa campaña, porque él quiere criarlos de un modo y yo de otro.

Yo dejo que los muchachos corran, griten trave-

seen, que coman cuanto hay y á las horas que quieran; y él siempre anda riendo porque ya uno se rompió la cabeza, porque el otro está empachado, porque aquel es soberbio, porque este es vengativo; y así por todo.

Yo luego le digo: déjalos, hombre, que hagan lo que quieran; están en su edad, y es fuerza dar tiempo al tiempo: no pueden ellos comenzar por donde nosotros acabamos, son muchachos etc, pero nada me vale: al señor no le entran puntas. Mira tú, que si alguna cosa me desespera, es oír llorar á un muchacho. ¡Caramba! que por no verlos abrir el huacal, ear yo capaz de darles mi camisa. Y por esto me sucedió el otro día una mano bien pesada.

No sé cómo diantres vió Luicillo la repetición de su padre, que se olvidó sobre la mesa. Inmediatamente comenzó á llorar por el tintin: á los principios se lo escondí; pero tanto lloró y tanto me molió, que por fin se lo dí, creyendo que no le habia de hacer nada; pero no fué así, porque en un descuido se le cayó de la manita, y se le hizo pedazos.

Consideren ustedes qué habria en casa luego que vino el señor y supo la avería de su relox, que estimaba sobre las niñas de sus ojos; y tenia razon, porque en efecto era bueno, de música y con mil curiosidades. Un veneno se volvió el hombre contra mí. Esa es mucha indolencia, me decía, y mucho consen-

timiento. Así salen los muchachos lisenciosos, soberbios y malcriados, enseñándose á salirse con cuanto quieren, sea justo ó injusto. ¿Qué respeto te han de tener tus hijos cuando crezcan, si desde muchachos los enseñas á que tú has de hacer lo que ellos quieran y no lo que tú les mandas? Ahora dices que son chiquitos y no saben lo que hacen; pero lo cierto es, que los muchachos saben mas de lo que tú piensas. Conocen muy bien que con llorar han de conseguir lo que quieren: están acostumbrados á que por no oírlos les den gusto. y por eso lloran y mas lloran hasta que lo consiguen.

Semejante modo de consentir y malcriar á los muchachos, mas que amor es tiranía, pues así se hacen soberbios, orgullosos, descontentos, ambiciosos y poco sufridos, con cuyas bellas cualidades no es mucho que sean infelices mientras viven.

La semilla de los hombres pícaros y de las mugeres sin honor, no son sino los muchachos y muchachas malcriados. Consiente á Luis como hasta aquí que él te dará el pago cuando crezca. Si ahora me rompió el reloj, de grande te romperá la cabeza. Aun no tiene malicia, y ya tiene caprichos. Ya te acuerdas del mal rato que te dió el otro dia por los imposibles. Conque sigue, sigue malcriándolo, que tu lo llorarás.

Tal fué el sermón que me echó mi buen marido,

que los echa largos como el cuñado de Eufrosina, y me fué preciso agnántarselo hasta la bendicion, porque estaba el hombre muy enojado por su reloj.

Y se enojó con justicia á mi entender, dijo Camila. ¿Qué fué eso de los imposibles?—Cosas de los muchachos, contestó la chata. Mira tú que el otro dia empezó Luis á llorar porque queria jugar con mi hilo de perlas; y tanto me molió, que se lo dí, y al dárselo le dije: toma, que un dia eres tú capaz de querer imposibles. ¿Quién se volvió á acordar de semejante espresion? Pues cádate ahí, que cuando menos pensé comenzó á llorar otra vez con mas fuerza, y á pedir los tales imposibles. Le dabamos dulces, bizcochos, fruta y cuantas golosinas habia en casa ó pasaban por la calle; pero no habia modo de callarlo, porque como todo lo conoce, no se la podian pegar. Este es dulce, decia, estas son rosquitas, estas son peras; yo quiero imposibles, yo quiero imposibles, denme imposibles. Ya me desesperaba yo, no sabiendo cómo contentar ó qué darle al maldito muchacho para que se callara, hasta que la costurera advirtió darle una cosa que no hubiera comido y en el aire nos acordamos de esos frijoles gordos que llaman *ayocotes*, los que él no habia visto en su vida.

Al instante fué una criada á buscarlos á los bodegones, y no paró hasta que los encontró y los trajo. Los peló en el momento, y se los dimos secos, y con

sal. Como él no los conocia, y le ponderamos que habia costado mucho trabajo hallarlos, creyó que así era, y pasaron los frijoles por imposibles. Todos los dias se acuerda su padre de este chiste, y me da con esto en la cara.

En verdad que estuvo bien gracioso, y tú te verias harto apurada, dijo Eufrosina. Continuaron aquellas señoras hablando de sus maridos y de sus hijos largamente, hasta que tocaron en el punto de las modas, y comenzaron á disputar sobre cómo seria mejor un túnico de iglesia, si morado ó negro, si con mangotes de punto ó con guantes; y así sobre otras cosas de estas, que no me divertian ni una migaja.

Entonces me levanté con disimulo y me fué á mi vivienda, donde se continuó por el coronel la última conversacion de la chata, pero con el juicio y solidez que acostumbraba.

#### CAPITULO XI.

*Que trata de la primera educacion de los niños, y de otras cosas que no disgustarán al lector.*

COMO me dilaté en la vivienda de Eufrosina, me extrañó el coronel y preguntó el motivo. Le contesté que habia estado divertido oyendo platicar á la señora Doña Eufrosina con sus visitas. Esto escitó su

curiosidad, y quiso saber las materias que se trataron en la conversacion, y yo lo satisfice contándole lo que no le podia agraviar, como fué lo de los imposibles de Luisillo.

Reian grandemente los señores con este cuento especialmente Matilde, que apenas lo queria creer, hasta que su marido le dijo: No te haga fuerza, hija mia, la tal impertinencia de ese niño, porque todos los consentidos son lo mismo. El Abate Blanchard trae otro caso igual. Tenia una señora un niño de estos enseñado á que le habian de dar cuanto queria. Los criados estaban impuestos á obedecer su gusto, porqué el niño no habia de llorar sin que se complaciese. Engreido con esta costumbre, un dia comenzó á llorar y mas llorar, con tal tenacidad, que lo oyó su madre, y llena de cólera reconvino al criado que le cuidaba, diciéndole que ¿por qué no le daba al niño lo que queria? El criado respondió: Señora, es imposible que yo le dé lo que quiere, pues me pide que le baje la luna y la ponga en un vaso de agua. Bien puede, pues, estar llorando hasta el fin<sup>o</sup> del mundo, que yo no le bajaré la luna. La señora quedó convencida de la impertinencia de su hijo; pero el autor no dice si quedó corregida.

Ninguna cosa contribuye tanto á corromper las costumbres de los niños y hacerlos orgullosos y malcriados, como la indiscreta condescendencia de las